

Los sorprendentes índices sanitarios en la Mallorca de finales de siglo

FRANCESC BUJOSA (*)

SUMARIO

La Mallorca finisecular. La denuncia y la propuesta de Eusebio Estada. El movimiento higienista.

RESUMEN

En el artículo se propone una discusión sobre el estado sanitario de la Mallorca de finales del siglo pasado. Se muestran una serie de índices sanitarios, como la mortalidad general e infantil, a los que se califica de sorprendentes puesto que Mallorca tenía los índices más bajos de toda España y presentaba un modelo más europeo que mediterráneo. Para poder contestar o, al menos, formular de forma más correcta la pregunta sobre los factores que podrían explicar estas cifras se contextualizan los datos y se ofrece un esquema de cómo era la Mallorca finisecular desde el punto de vista económico, político, social y cultural. También se analiza cómo había evolucionado la ciencia médica y la reforma sanitaria de Palma que había propuesto Eusebio Estada.

BIBLID [0211-9536(1998) 18; 233-250]

Fecha de aceptación: 6 de febrero de 1998

Permítanme que, para empezar, me acoja a la creencia de que muchas buenas investigaciones suelen comenzar con la formulación de una pregunta correcta. Esta idea la aprendí antes que en los tratados de epistemología en los estimulantes grafitis que se escribieron en las paredes de los edificios parisienes allá en los años ya bastante lejanos de

(*) Catedrático de Historia de la Ciencia. Dept. de Matemàtiques i Informàtica, Universitat de les Illes Balears. Edifici Sa Riera, C/ Miquel dels Sants Oliver, 2. 07071 Palma.

1968. Decía el grafiti: ¿no hay soluciones porque no hay problemas?. Probablemente quería decir que no se encontraban las respuestas porque no había capacidad de formular bien las preguntas.

Es muy probable que muchos de ustedes estén pensado que mi perorata ha empezado de forma excesivamente retórica y nostálgica. Probablemente no les falta razón: debería sencillamente haber pedido disculpas porque en mi intervención, y en contra de lo que se me había demandado, no podré ofrecer ningún tipo de esquema o explicación, sino simplemente una pregunta. Esta es la razón por la que yo ponderaba la importancia que tienen las cuestiones. La que voy a formular tiene únicamente una aspiración: estar suficientemente bien expresada para que nos ayude a saber qué deberíamos hacer para intentar contestarla de modo decoroso. Y puestos a ser sinceros les confesaré que la pregunta ni siquiera tiene un alto y digno origen. Quiero decir que no responde en absoluto a una profunda preocupación. Responde simplemente a una estrategia para conseguir algún dinero. Era el que podía ofrecer la DGCYT en su última convocatoria. Un grupo de colegas me convencieron para que encabezara un grupo interdisciplinar que debía convencer a la Comisión correspondiente para que subvencionara la investigación. Creímos que la formulación de una buena pregunta podría enternecer el corazón del tribunal, y afortunadamente así fue. Ahora, que ya tenemos la subvención, debemos empezar a trabajar y, si he de decirles la verdad, no sabemos muy bien por dónde. Confío que ustedes, durante el coloquio que seguirá a mi intervención, me ayuden a encontrar el camino.

¿Cuál es esta dichosa pregunta de la que ya hemos cobrado algún dividendo?. La que se deriva directamente de dos tablas que me gustaría enseñar a continuación. La primera (Tabla 1) procede de un artículo que Fausto Dopico publicó en la revista *Dynamis* en 1985 (1). En dicho artículo se ofrecía la distribución, por comunidades autónomas y por orden decreciente, de la mortalidad infantil en la España de principios del siglo XX. Pueden ver en ella como las Baleares encabeza esta clasificación, con una mortalidad inferior al 100 por mil. Las

(1) DOPICO, Fausto. Desarrollo económico y social y mortalidad. Diferencias regionales (1860-1950). *Dynamis*, 1986, 5-6, 381-399.

TABLA 1. Tasas de mortalidad infantil por comunidades autónomas en el quinquenio 1901-1905

1. Baleares	95,5
2. Galicia	133,9
3. Asturias	134,4
4. País Vasco	136,8
5. Cataluña	138,8
6. Navarra	145,1
7. C. Valenciana	149,4
8. Cantabria	150,1
9. Aragón	176,9
10. Canarias	180,6
11. Castilla-León	183,8
12. La Rioja	188,2
13. Murcia	194,7
14. Madrid	195,8
15. Castilla-Mancha	198,6
16. Andalucía	199,4
17. Extremadura	221,2

FUENTE: DOPICO, Fausto. Desarrollo económico y social y mortalidad. Diferencias regionales (1860-1950). *Dynamis*, 1986, 5-6, 381-399.

diferencias con las otras regiones españolas son muy notables: la segunda en el *ranking* es Galicia —de la fidelidad de cuyos datos F. Dopico sospecha: sospecha que no haya sido minusvalorada— es casi un 40% superior a la de las Baleares. Buena parte de España —y de eso no sospecha F. Dopico— dobla literalmente la cifras de las Baleares. La otra tabla (Tabla 2) que quiero enseñarles corresponde a un modélico estudio de Tomás Vidal Bendito sobre la transición demográfica en Cataluña y Baleares (2). En esta tabla se puede ver la evolución de la cifra de la natalidad entre 1860 y 1900 en diversos países europeos, en España, en su conjunto, y en Cataluña y Baleares, de forma más particular. Noten que en 1860 la cifras españolas eran bastante parejas a las Europa, pero que en 1900 mientras que muchos países —como son los casos de Suecia, Bélgica y Francia— habían reducido muy notablemen-

(2) VIDAL BENDITO, Tomas. *La transició demogràfica a Catalunya i Balears*, Barcelona, Reial Acadèmia de Doctors, 1994.

TABLA 2. Tasas de natalidad y mortalidad en los años 1860 y 1900 en diversos países, Cataluña y Baleares.

<i>País o región</i>	<i>Natalidad por mil</i>		<i>Mortalidad por mil</i>	
	1860	1900	1860	1900
SUECIA	34	26	20	17
BÉLGICA	31	29	21	17
ITALIA	38	34	31	22
FRANCIA	28	23	22	20
ESPAÑA	38	35	35	29
CATALUÑA	36	27	33	25
BALEARES	34	28	28	20

FUENTE: VIDAL BENDITO, Tomas. *La transició demogràfica a Catalunya i Balears*, Barcelona, Reial Acadèmia de Doctors, 1994.

te su natalidad, Italia y España mantenían muy altas cifras de nacimientos. El comportamiento de Cataluña y Baleares se asemeja —es casi idéntico— al primer grupo y se diferencia bastante del segundo. En la misma tabla podemos ver la tasa de mortalidad. Notemos que en 1860 existía una gran diferencia ya entre el grupo de Suecia, Bélgica y Francia y el grupo formado por Italia y España. El caso de las Baleares es intermedio entre los dos grupos. En esta tabla está, por ejemplo, a 7 puntos de diferencia por arriba de Bélgica y 7 puntos por abajo de el conjunto de España. En 1900, Baleares se había acercado al grupo de menor mortalidad —coincide exactamente con Francia— y se había alejado, todavía más que en 1860, de la media española. La pregunta que enterneció a la Comisión fue la que ustedes habrán adivinado ya: ¿a qué se deben estas cifras tan poco esperables en principio? Formulada de otra manera: ¿cuáles son las causas de que en las Baleares la condición sociosanitaria siguiera más el modelo europeo que no el español?

Con la única intención de contextualizar un poco mejor la pregunta déjenme que dedique algunos minutos a intentar ofrecer un esquema de cómo era esta sociedad mallorquina de finales del siglo XIX.

Debemos empezar por la población o, dicho de otra manera, por ampliar un poco los datos antes presentados. La evolución de la pobla-

TABLA 3. Evolución de la población de Palma y de Mallorca. Diferencias entre población de hecho y de derecho.

AÑO	Total Mallorca		Total Palma		Total Mallorca-Palma	
	P.H.	P.D.	P.H.	P.D.	P.H.	P.D.
1860	209064	—	54526	—	154538	—
1877	230396	233622	59690	60633	170706	172989
1887	249008	250793	62006	62534	187002	188259
1900	248259	251990	65421	65382	182838	186608
1910	257115	264178	69015	69913	188100	194365
1920	269763	278686	77418	78363	192345	200323
1930	292447	298574	88262	87746	204185	210828
1940	327119	330569	114405	117188	212714	213381
1950	341450	337916	136814	133397	204636	206319

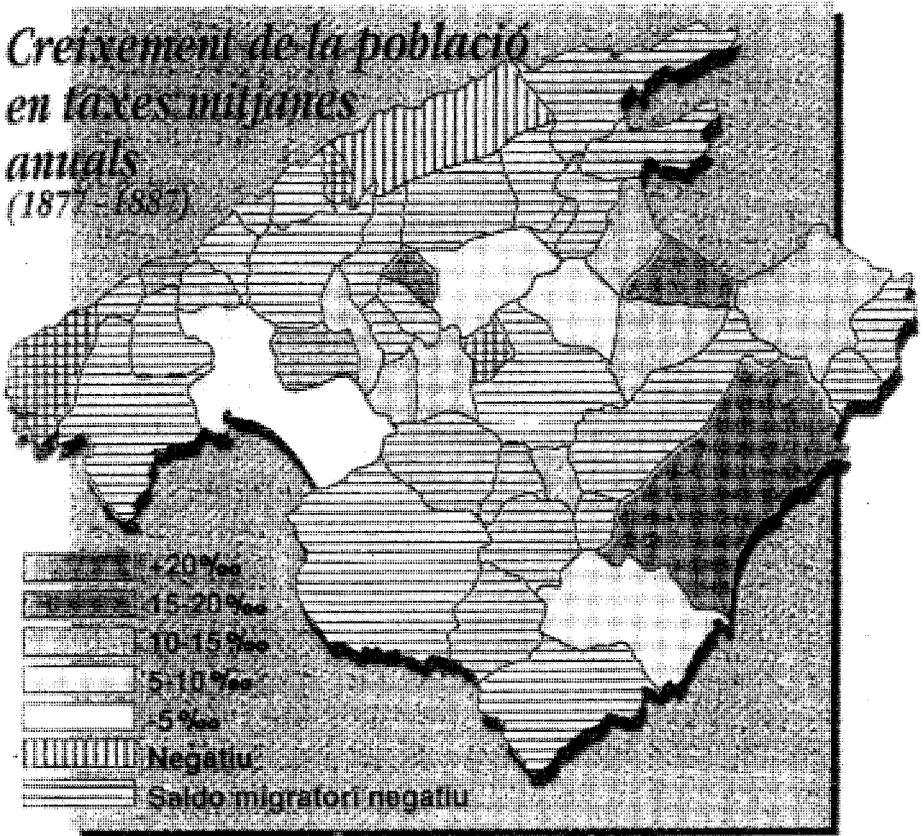
FUENTE: BARCELÓ, Bertomeu. Mallorca. La Població. In: *Gran Enciclopèdia de Mallorca*, Palma, Promallorca Edicions, s. a., vol. 8, pp. 287-315.

ción mallorquina viene expresada en la tabla (Tabla 3) que ustedes pueden ver (3). En 1860 esta población estaba formada por 209.064 personas. El crecimiento se mantuvo constante hasta 1887 en que la población llegó a los 249.008 habitantes y fue a partir de esta fecha cuando se desencadenó una crisis demográfica que hizo que la población en vez de seguir el crecimiento, retrocediera y que en 1900 no pasara de los 248.259. No se alarmen ustedes, no estoy entrando, creo, en contradicción. Las cifras que exponíamos sobre la baja mortalidad general e infantil son perfectamente compatibles con una crisis demográfica. La misma Tabla 3 nos enseña las diferencias entre la población de hecho y de derecho, lo que nos permite descubrir que la causa fundamental de esta crisis no fue un aumento de la mortalidad, sino de la emigración. Se trataba de una emigración americana, básicamente, pero existía, igualmente, una emigración interior, en la propia Mallorca, como se demuestra en los dos mapas que quiero presentarles. En el primero de ellos (Gráfica 1) que corresponde al periodo 1877-1887, se puede comprobar que la población crecía en casi toda isla a pesar de que buena parte de ella tuviera un comportamiento emigratorio consi-

(3) Los datos demográficos así como las tablas que acompañan al texto tienen su origen en: BARCELÓ, Bertomeu. Mallorca. La Població. In: *Gran Enciclopèdia de Mallorca*, Palma, Promallorca Edicions, s. a., vol. 8, 287-315.

GRÁFICA 1

Crecimiento vegetativo de la población de Mallorca con indicación de los saldos migratorios por zonas

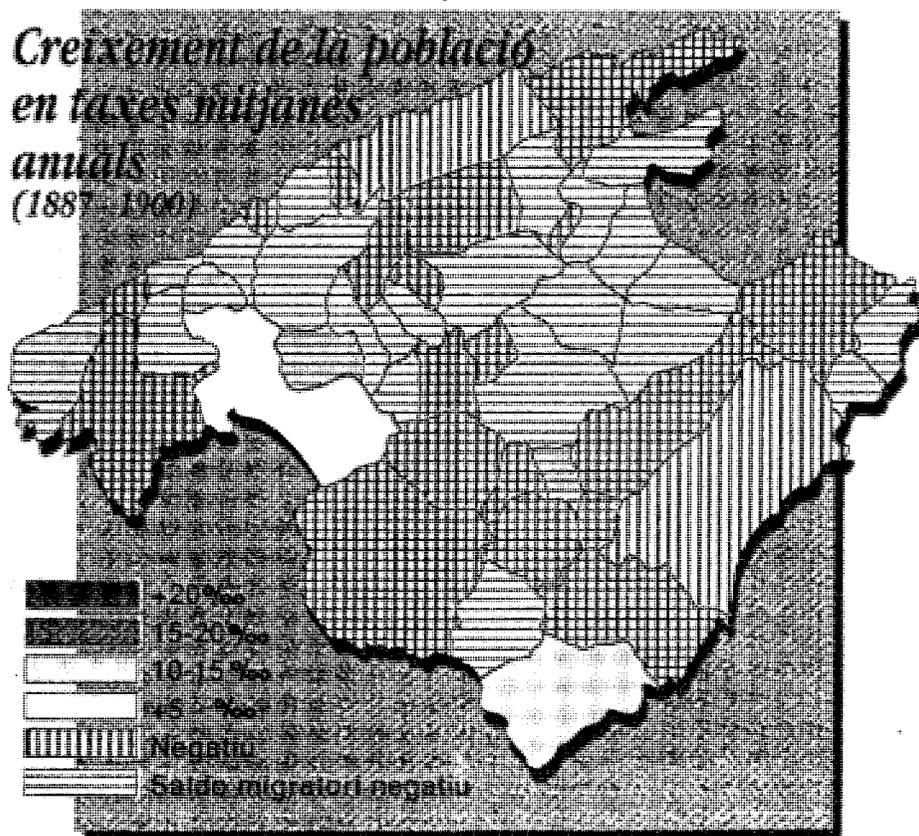


FUENTE: BARCELÓ, Bertomeu. Mallorca. La Població. In: *Gran Enciclopèdia de Mallorca*, Palma, Promomallorca Edicions, s. a., vol. 8, pp. 287-315.

derable. Las zonas emigratorias son las rayadas en horizontal. Nótese el caso particular de la zona de Palma que, a pesar de tener un saldo inmigratorio fuertemente positivo, su crecimiento absoluto —el migratorio más el vegetativo— era inferior al 5%. El siguiente mapa (Gráfica 2) representa los años de plena crisis. Han desaparecido en ella las zonas de fuerte crecimiento y el saldo migratorio negativo se ha establecido

GRÁFICA 2

Crecimiento anual de la población de Mallorca a finales de siglo XIX con indicación de saldo migratorio



FUENTE: BARCELÓ, Bertomeu. Mallorca. La Població. In: *Gran Enciclopèdia de Mallorca*, Palma, Promomallorca Edicions, s. a., vol. 8, pp. 287-315.

en toda la isla excepto en la zona de Palma y Santanyí. Buena parte de la isla presenta un crecimiento absoluto negativo. Vuelve a ser llamativo el caso de Palma donde, a pesar de tener un saldo migratorio positivo, el crecimiento absoluto volvió a ser muy modesto. Lo dicho anteriormente nos permite predecir un fenómeno muy significativo, que queda confirmado por la siguiente tabla de mortalidad (Tabla 4). Como ya hemos visto, en las décadas finales del siglo pasado la

TABLA 4. Evolución de la mortalidad general en Mallorca.

Peíodos	Total absoluto de los períodos			Peíodos	Taxas medias anuales (‰)		
	Mallorca	Palma	Mall-Pal		Mallorca	Palma	Mall-Pal
1877-1887	53163	14714	38449	1877-1887	22,18	24,18	21,50
1887-1900	68377	18595	49782	1887-1900	21,15	22,45	20,71
1900-1910	49292	14134	35158	1900-1910	19,51	21,03	18,96
1910-1920	48101	14750	33351	1910-1920	18,26	20,15	17,53
1920-1930	42197	13776	28421	1920-1930	15,01	16,63	14,33
1930-1940	42235	15620	26615	1930-1940	13,63	15,41	12,77
1940-1950	38280	14784	23496	1940-1950	11,45	11,77	11,26
1950-1955	18740	7308	11432	1950-1955	10,87	10,37	11,21

FUENTE: BARCELÓ, Bertomeu. Mallorca. La Població. In: *Gran Enciclopèdia de Mallorca*, Palma, Promallorca Edicions, s. a., vol. 8, pp. 287-315.

mortalidad mallorquina se movía en torno de las cifras del 22 por mil, pero hay que subrayar que existía una notable diferencia entre Palma y lo que se llamaba *la par forana*, es decir, el resto de la isla. En la capital las cifras alcanzaban el 24 por mil mientras que en la rural apenas llegaba al 20 por mil. Esta diferencia de 4 puntos justifica todas las cifras anteriormente expuestas así como idea que se tenía de Palma como un lugar insalubre, pero un lugar al que por razones económicas —había más oferta de trabajo— debían acudir parte de los trabajadores rurales.

LA MALLORCA FINISECULAR

La base económica de Mallorca continuaba siendo la agricultura (4). Hacia 1887, el 70% de la población activa mallorquina trabajaba en labores agrícolas; un 16% lo hacía en la industria y solo un 12 % en servicios. Era la época en que estaban desapareciendo los viejos modelos gremiales. En la capital, el obrero era básicamente asalariado, aunque con escasa conciencia de clase. En la llamada *part forana* —toda la Mallorca que no era la capital, Palma— todavía subsistía una organiza-

(4) Para esta síntesis de historia económica, política y social hemos utilizado básicamente: FULLANA PUIGSERVER, Pere; MARIMON RIUTORT, Antoni. El canvi de llegat a Mallorca (1895-1905). *Afers*, 1997, 12 (27), 253-263.

ción en la que el obrero industrial simultaneaba este trabajo con el de las faenas agrícolas de carácter temporal, como eran la vendimia, la siega de los cereales o la recogida de la almendra. El campo había iniciado un proceso de parcelación que continuaría durante varias décadas. Los productos tradicionales fueron sustituidos por la vid y por el almendro. La crisis vinícola de 1891, provocada por la filoxera, destruyó aproximadamente 10.000 hectáreas de viñedo y causó la ruina de muchos pequeños vinicultores, una bajada generalizada de los salarios y un aumento de la emigración.

La importancia indudable de la agricultura no debe ocultar el considerable peso que tenía la industria, pues Mallorca era una región bastante industrializada. No tanto como Cataluña, el País Vasco o Málaga, pero sí considerablemente más que el resto de España. Esta industria estaba ligada muy directamente a la agricultura: los elementos básicos eran las harineras y las herrerías, dedicadas a la confección de herramientas agrícolas, aunque también tenían importancia las pequeñas fábricas dedicadas a la piel, el calzado y la industria. Estas fábricas aprovechaban los bajos sueldos que producía el desempleo temporal agrícola y, lógicamente, sufrían las oscilaciones causadas por los diversos avatares del mercado colonial. Nadie puede dudar, en este aspecto, que la crisis de 1898 tuvo también sus repercusiones en la economía mallorquina pero sus consecuencias fueron, probablemente, mucho menores de lo que se ha conjeturado. Algunos han argumentado, y no les falta razón en ello, que hasta es posible que el clima de confrontación militar que, como es sabido, existió en aquellos años, aumentara las oportunidades a las industrias del calzado, de ropa, sobre todo a las empresas que pudieron conseguir algún contrato con el ejército. Y, a parte del ejército, la industria mallorquina supo encontrar pronto los mercados que vinieron a sustituir a los antillanos, a partir de entonces prohibidos.

Como es fácil de entender, para la economía mallorquina era fundamental el sistema de comunicaciones. A finales del siglo XIX, Mallorca mantenía comunicación marítima con Barcelona, Maó, Eivissa, València y Alacant y de forma menos regular con Málaga, Argel, Sete y Marsella. Ligado a esta posibilidad de transporte estaba el inicio de lo que con el tiempo se convertiría en la primera actividad económica: el turismo. La

inauguración del Gran Hotel en 1902 y la creación de la sociedad llamada el Fomento del Turismo de Mallorca supusieron dos hitos muy significativos en este proceso inicial.

El suministro eléctrico es igualmente un dato muy significativo para entender la economía del momento. Apuntemos que en 1903 se puso en marcha la primera fábrica de electricidad de Palma. Por lo que respecta al transporte interior, en 1897 se inauguró el ferrocarril que unía Santa María con Felanitx. También se creó una red de tranvías de tracción animal y en 1897 llegó el primer automóvil a Mallorca.

La sociedad mallorquina continuaba fuertemente estratificada. En la parte más privilegiada hay que situar una nobleza decadente, poseedora, todavía, de gran parte de la tierra y que tuvo que vender poco a poco sus bienes para poder seguir viviendo sin necesidad de trabajar. A su lado se había formado una burguesía comercial e industrial que invertía una parte de sus plusvalías en modernizar sus talleres y la otra en adquirir las tierras que la nobleza se veía obligada a vender. En el mundo rural se pueden distinguir dos grupos de trabajadores. Por un lado estaban los arrendatarios de las grandes fincas de la nobleza, que fueron convirtiéndose con el tiempo en los auténticos propietarios y por otro los asalariados, una buena parte de ellos con pequeñas propiedades —generalmente de los terrenos menos fértiles— que debían simultanear el trabajo en su propio campo con el trabajo asalariado en las fincas del mismo propietario que les había vendido la parcela que poseían. Citemos también que a finales de siglo se establecieron nueve colonias agrícolas en los municipios periféricos de la isla. Fue, sin embargo, el caciquismo el régimen que continuó estando mejor establecido. Los señores, amos y mayores controlaban de forma bastante férrea —a veces con concesiones demagógicas, otras con dura represión— las masas de campesinos. Impidieron, así, la existencia de cualquier movimiento asociativo y reivindicativo. En la ciudad las cosas eran bastante diferentes. Además de los nobles, los burócratas, los burgueses y los profesionales liberales, existía una masa obrera, asalariada o artesanal, que supo crear diversas sociedades de carácter solidario y reivindicativo. Mojones importantes en esta evolución fueron el año 1890, en el cual hubo una celebración pública del Primero de Mayo, día en el que se creó el Ateneo Obrero Mallorquín; dos años después se

constituyó la Agrupación del PSOE de Palma, y, al año siguiente, la Federación de Sociedades Obreras, de claro signo resistencialista.

En el terreno ideológico es necesario subrayar el gran peso que tuvo la iglesia. Los últimos decenios del siglo no significaron, en absoluto, una reducción de sus efectivos, ni de su influencia. Sí hubo, sin embargo, un pequeño cambio de orientación, a partir, precisamente, de 1898, cuando fue nombrado, en contra de lo que había sido hasta entonces habitual, un obispo nacido en la isla. Este nombramiento significó, o fue el origen de, una pérdida de importancia del rancio integrismo que había caracterizado las décadas anteriores; también de una parcial incorporación de las ideas científicas ya habituales en Europa y de un cierto sentimiento regionalista. Ambas cosas se pueden seguir en el plan de estudios del seminario aprobado en 1898. El cambio supuso, igualmente, una mayor apertura a las influencias catalanas. Todas estas realidades no debe hacer suponer, sin embargo, que ya no existiera o que se hubiera mitigado notablemente en la Iglesia, el antimodernismo, el antirepublicanismo, y el antisocialismo.

Los centros educativos mallorquines eran modestos. La universidad había sido suprimida en 1824. Al no haber universidad, los únicos centros de enseñanza superior fueron el Seminario y la Escuela de Magisterio. La enseñanza secundaria estaba monopolizada por el Instituto Balear. Solamente a partir de 1874 comenzaron a proliferar otros centros de enseñanza secundaria, la mayoría de ellos de carácter religioso y conservador. El resultado global de esta labor educativa lo podemos evaluar objetivamente si recordamos que en 1890, en Mallorca, solamente el 28,4% de los hombres sabía leer y escribir. Mucho menor debía ser, en principio, la alfabetización de la mujer. He dicho en principio, porque ésta es una cuestión debatida y en la que probablemente falta una investigación más profunda. En 1904, un 38% de la población estaba ya alfabetizada. En este intento de síntesis no podemos olvidar al ejército. Su presencia fue muy significativa en la isla. La carrera militar despertó muchas vocaciones entre los mallorquines. La gran mayoría de estos militares de carrera eran nobles y a su vez terratenientes, y su intervención en asuntos de interés público fue constante e intensa. Esta fuerte presencia del ejército es uno de los factores —no el único, como más adelante veremos— que impulsaron

la castellanización de Mallorca e implantaron en la población una fuerte dosis de patriotismo españolista. Este patriotismo tuvo su máximo apogeo entre los años 1895 y 1898 a causa de los guerras que se originaron contra los independentistas cubanos y filipinos.

Por lo que respecta a la vida política, hay que decir que se caracterizó básicamente por un predominio del centralismo complementado por un caciquismo local que siempre trataba de jugar el papel de intermediario entre el poder central y las aspiraciones de los ciudadanos. La década de final de siglo vio la clara hegemonía del Partido Liberal controlado completamente por Antonio Maura, quien supo absorber los elementos partidarios de la modernización moderada, como eran los comerciantes y los armadores; también a buena parte del Partido Republicano y a los sectores menos recalcitrantes de la Iglesia, jugando, en este aspecto, Miquel Maura, cura y hermano de Antonio, un papel primordial. Los conservadores tuvieron muchos más problemas. Su posición era, por una parte, muy delegada y, por otra, el considerable peso del tradicionalismo carlista, les restó fuerza y partidarios. Este tradicionalismo carlista tuvo su soporte en algunos núcleos del campesinado, en bastantes familias de la nobleza y en algunos sectores del clero entre los que se incluyó el propio obispo Jacinto María Cervera, el antecesor del Obispo Campins. La izquierda tuvo un peso mucho menor y estuvo muy dividida. La Unión Republicana, impulsada por Jerónimo Pou, consiguió aglutinar en 1896 los distintos partidos de inspiración antimonárquica. Los socialistas fueron muy minoritarios en la vida política y su labor se centró fundamentalmente en el asociacionismo obrero. La conversión de Maura al conservadurismo obligó a una importante reestructuración de fuerzas y partidos. Se formó el llamado Pacto Conservador, básicamente con dos fuerzas, la de los silvelistas y la de los mauristas, aunque también contaron con la colaboración de los carlistas. Frente a ellos se formó una Coalición Liberal por elementos heterogéneos, pero opuestos, todos, al caciquismo conservador. Formaban parte de esta coalición liberal los partidarios de Sagasta, los conservadores de Romero Robledo, la Unión Republicana y los partidarios de Valeriano Weyler, el conocido general mallorquín que gozaba, en la isla, de un gran prestigio.

Para ofrecer un esquema de la evolución cultural hay que decir que esta se produjo en un marco que podemos llamar de castellanización

sumisa (5). Al cada vez mayor predominio de la lengua oficial frente a la lengua popular, la catalana, contribuyeron el ejército, el clero y los docentes. Eran, sin duda, tres fuerzas muy considerables. El movimiento mallorquinista ligado a la *Renaixença* catalana y, en menor escala, a la valenciana había quedado prácticamente olvidado e incluso el acto conmemorativo de la aparición de la revista *La Palma* —una publicación nuclear en el citado movimiento— fue una demostración bien palpable de lo lejos que quedaban las reivindicaciones de la cultura propia. La castellanización era la consecuencia directa del sistema centralista y caciquil que imperó en la Mallorca de las últimas décadas del siglo XIX. El centralismo y el subsecuente provincialismo no sólo apartaron la cultura mallorquina de sus raíces, sino también de las corrientes internacionales y del vigor necesario para poder, cuanto menos, incorporar las novedades más interesantes. El clima cultural hacia el año 1880 era de total decaimiento. Fue entonces cuando se alzaron las primeras voces regeneracionistas que en Mallorca podemos personalizar en las figuras de Enric Alzamora y Miguel de los Santos Oliver. Denunciaban la nula capacidad e, incluso, voluntad de las clases dirigentes para impulsar iniciativas que permitiesen dinamizar la economía y modernizar la vida colectiva. La reconsideración de la historia sería, según Oliver, la llave maestra que permitiría a los mallorquines sentir el orgullo y la identidad perdida. La defensa de esta identidad y los intereses políticos, culturales y económicos que de ello se derivaban debía ser —siempre según Miguel de los Santos Oliver— el norte del esfuerzo y de la reflexión colectiva. A iniciativa de Oliver se creó un grupo autodenominado «Los Insensatos», que mediante artículos en la prensa intentaron difundir ideas reformistas. En los citados artículos se propugnó, entre otras cosas, el mallorquinismo político, el derribo de las murallas, la creación de un museo de Historia Natural, la canalización de las aguas sucias, la mejora ornamental de la Ciudad, la instalación de monumentos públicos y la readaptación de los jóvenes.

La campaña de «Los Insensatos» fue, sin embargo, solamente una acción aislada. No arraigó en sectores sociales más amplios. La atonía

(5) Para la síntesis de carácter cultural hemos utilizado básicamente: PONS PONS, Damià. Mallorca entre dos segles (1866-1906). Normalització i modernització cultural. *Afers*, 1997, 12 (27), 267-283.

se apoderó de los medios de difusión y el cultivo de la cultura propia estaba, si no olvidado, sí relegado a las actividades menos prestigiosas. Nadie puede olvidar que los que serían las dos grandes figuras de la literatura mallorquina de las primeras décadas del siglo —Joan Alcover y Miguel Costa i Llobera— se habían iniciado en la literatura publicando sus primeras obras en castellano. Llegados a este punto es conveniente advertir que la imagen que circula de la cultura —es la que he intentado hasta ahora sintetizar— quizá peca de excesivamente pesimista y de estar centrada casi exclusivamente en la literatura de creación —insistiremos en este punto más adelante— porque en otros aspectos de la vida cultural la imagen no era tan triste. El propio M.S. Oliver publicó, en estos años, notables y modernos estudios historiográficos, Antoni Noguera llevó a cabo una importante obra de modernización musical, Guillem Roca Sansaloni intentaba modificar los hábitos teatrales y presentar a Ibsen a los mallorquines, Bartomeu Amengual desde el periódico *La Almudaina* informaba de la vida cultural barcelonesa, etc. Incluso la propia historia de la literatura hace dudar de la intensidad de las crisis, pues sorprendentemente fueron muy pocos los años que separan este periodo casi menopáusico de los inicios de un renacimiento cultural ligado al noucentismo y al cultivo intenso de la literatura en lengua catalana. La conversión de los dos grandes antes citados, Costa y Alcover, tuvo lugar en el cambio de siglo y significó un impulso renovador muy poderoso. Pero junto a los dos conocidas figuras habría que citar toda una serie de nombres que se incorporaron al movimiento regenerador: Pere Orlandis, Gabriel Alomar, Emília Sureda, Joan Rossello de Son Forteza, Josep Tous i Maroto, autores, todos ellos, de considerable nivel. En los primeros años del siglo XX se intensificaron, igualmente, las relaciones con Cataluña. Fueron muchos los mallorquines que dieron conferencias en la ciudad condal, que participaron en sus concursos literarios y, de manera recíproca, los catalanes visitaron continuamente las islas. Un aspecto sin duda vistoso de estas visitas fueron los numerosos cuadros que Santiago Rusiñol y Joaquim Mir dedicaron a enaltecer el paisaje mallorquín. También en 1900 iniciaba su colosal tarea Antoni Maria Alcover. Su obra de recogida folklórica y su diccionario se convertirían en las dos paredes maestras de la cultura mallorquina de nuestro siglo. Como he anotado antes, el resumen que he intentado ofrecerles estaba basado en dos artículos excelentes publica-

dos, recientemente, en la revista valenciana *Afers*. El primero se debe a dos historiadores generales, Pedro Fullana y Antonio Marimón, y el segundo, a Damiá Pons Pons, un historiador de la literatura. El reconocimiento de la labor no debe impedir, sin embargo, formularles un pequeño reproche. Es el de siempre: ¿cuando hablamos de cultura —el artículo de D. Pons pretende ofrecer una imagen global de la misma a finales del XIX— debemos limitarnos, aún en el mejor e los casos, a la literatura, las bellas artes, la música? ¿Únicamente a la lírica?. Son unas preguntas que hago con la única intención de subrayar el olvido que en estas revisiones suele hacerse de la cultura material, de la técnica, de la ciencia, de la medicina. Porque sólo una visión excesivamente lírica permite olvidar, en el momento de ofrecer una síntesis de la cultura mallorquina de finales de siglo, y para poner sólo un ejemplo, una obra como la del ingeniero Eusebio Estada, quien planteó un problema que, a mi modo de ver, era tan importante como el que pudiera haber expuesto el más arriesgado de los escritores políticos que ha analizado el bueno de Damiá Pons.

LA DENUNCIA Y LA PROPUESTA DE EUSEBIO ESTADA

Eusebio Estada se planteaba exactamente cómo debía ser la ciudad de Palma: la ciudad y sus habitantes, claro está. ¿Qué hacer para que la vida de los ciudadanos fuera más larga y menos dolorosa? ¿No tiene, como mínimo, tanta importancia, esta cuestión, como las que se planteaban en los juegos florales?

Digamos rápidamente que la idea de Estada era muy clara: las dos grandes reformas que necesitaba Palma eran, por una parte, el derribo de la murallas que constreñían su desarrollo y, por otra, una notable mejora en el sistema de suministro de agua limpia y eliminación de la sucia. Eusebio Estada era un ingeniero de caminos —un ingeniero civil, subrayemos el dato— que había propiciado importantes modificaciones en el sistema de comunicaciones interiores, especialmente en el ferrocarril, y exteriores, que, como es fácil adivinar, tratándose de una isla y a finales del XIX, se limitaban a las portuarias. Eusebio Estada no podía defender su propuesta con versos inflamados o con algún concierto que tocara las fibras más sensibles de los que podían tomar decisiones. Su cultura y su formación eran otras muy distintas. El aná-

lisis del problema lo publicó en una primera versión (1885) de la obra titulada precisamente *La ciudad de Palma* (6). En 1890, Estada pronunció un importante discurso en la sociedad cultural El Ateneo (7) y dos años más tarde publicaba la que fue la versión definitiva de *La Ciudad de Palma* (8). Para defender su propuesta debía demostrar, y así lo hizo en la primera parte del libro, que el sistema de defensa de Palma era un auténtico anacronismo, solamente conservado por la conocida inercia de la mentalidad militar. La segunda parte del libro estaba dedicada al otro gran argumento en el que Estada apoyaba su propuesta: la falta de salubridad de la ciudad y la mejora que se podría seguir de tener un sistema de aguas más acorde con lo que marcaban la modernas directrices. El análisis de Estada coincidía exactamente con lo que hemos visto anteriormente: Palma se había convertido en el lugar más insalubre de Mallorca y a pesar de esta insalubridad estaba incorporando buena parte de la emigración de la zona rural: de aquellos que decidían instalarse en la ciudad en busca de mejores oportunidades laborales. En varios cuadros del libro de Estada podemos observar sus estudios sobre el acrecentamiento de la población. En la que reproducimos (Tabla 5) se refleja cómo Estada dividía la población de Palma en dos sectores: el que podemos llamar de intramuros y el llamado extramuros, es decir, aquellos pequeños barrios que se habían formado fuera de la muralla que rodeaban la ciudad de Palma y que constituía, como también hemos avanzado, el principal problema de la ciudad. Estada demostraba que a partir de 1800 el crecimiento anual en el interior de la ciudad era de 0,67%, mientras que la parte de extramuros había crecido en un 1,21%. Estada ofrecía y analizaba las cifras absolutas de mortalidad y de natalidad a partir de 1861, que, como es sabido, es el momento en que se crea el Instituto Geográfico y Estadístico. En un trabajo de gran precisión, Estada estudiaba la densidad de población de las distintas zonas de Palma que presentaba en diversas tablas y en un muy detallado mapa. Ambas son una prueba bien evidente del rigor con que trabajaba el ingeniero mallorquín. Un rigor que tenía como objetivo

-
- (6) ESTADA, Eusebio. *La Ciudad de Palma. Su industria, sus fortificaciones, sus condiciones sanitarias y su ensanche*, Palma, Tip. Vda. e Hijos de Pedro J. Gelabert, 1885.
- (7) ESTADA, Eusebio. *Discurso leído por el Presidente de dicha sección D... en la noche del 17 de Diciembre de 1889 al inaugurar la discusión del tema ... sobre la reforma urbana y sanitaria de la Ciudad de Palma*, Palma, Imp. Amengual y Muntaner, 1890.
- (8) ESTADA, Eusebio. *La ciudad de Palma*, Palma, 1892.

TABLA 5. Evolución de la población extramuros e intramuros de la ciudad de Palma.

Años	Población Total		Población interior (calculada)		Población exterior (calculada)		
	Número de habitantes	Número de habitantes	% de la población total	Diferencias	Número de habitantes	% de la población total	Diferencias
1800	35500	28990			6510		
1810	35946	29354		...364	6592		...82
1820	36392	29718	81,66	...364	6674	18,34	...82
1830	37879	30932		1214	6947		...273
1840	40405	32994		2062	7411		...464
1850	46748	37147	79,46	4153	9601	20,54	2191
1860	53019	41000	77,33	3853	12019	22,67	2418
1870	56079	42244	75,83	1244	13835	24,67	1816
1880	59142	43410	73,40	1166	15732	26,60	1897

FUENTE: ESTADA, Eusebio. *La ciudad de Palma*, Palma, 1892, p. 37.

demostrar que Palma no podía seguir siendo una ciudad absurdamente constreñida por la murallas, con un crecimiento anárquico fuera de la murallas y con una conducción de aguas absolutamente insalubre.

EL MOVIMIENTO HIGIENISTA

Estada era sin duda un caso brillante, pero no aislado. Constituía una pieza más de un movimiento higienista y de renovación que había calado hondo entre la clase médica. Me he preguntado como podría resumirles estos cambios que experimentó la medicina en Mallorca. Podría recurrir al estilo valenciano de ofrecer un análisis bibliométrico de la producción, o al madrileño de intentar esbozar qué cambios de supuestos básicos se produjeron, cómo cambió la filosofía desde donde los médicos ejercían su profesión. Podría, también, recurrir al estilo salmantino de ofrecer de ofrecer una detallada descripción de lo que se cuenta en estas obras, o al estilo catalán de ver qué instrumentos utilizaron los médicos, o al andaluz de ver a favor de qué clases sociales se hacía esta labor médica. Permítanme que ensaye una nueva fórmula y que centre mi análisis en una cosa mucho más prosaica y modesta que todo lo antes mencionado. En esta fórmula resulta esencial preguntarse por el espacio que ocupaban los médicos y si había habido un cambio en dicha ubicación. La respuesta

no puede ser más que afirmativa. Antes de 1880 la medicina se desarrollaba primordialmente en los domicilios de los enfermos, en las salas generales del hospital, y sólo en contadas ocasiones alrededor de la mesa de autopsias. Nuevos lugares tomaron, sin embargo, importancia en los lustros finales del siglo XIX. Uno de estos lugares fue el quirófano. Gracias a la introducción en 1883 de la cirugía antiséptica, acompañada ya de la anestesia, y, más tarde, de la transfusión, el quirófano adquirió una importancia relevante en la práctica médica. Otro lugar se convirtió en imprescindible para abordar los problemas médicos. No era otro que el laboratorio. A partir de 1896 Palma contó con un laboratorio destinado a analizar desde el punto de vista químico y biológico las aguas que eran suministradas a la ciudad. Un laboratorio que también fue una pieza clave en la organización de un sistema moderno de vacunación contra la viruela y en la posibilidad de suministrar suero antirrábico y antidiftérico. Añadamos todavía más lugares: el que propiciaba la reunión de los médicos. El Colegio Médico Farmacéutico nació ligado a la sección de ciencias del Ateneo Balear y se convirtió en un lugar idóneo para plantear los problemas profesionales de los médicos y reivindicar sus aspiraciones, pero también en un foro para el intercambio y la propagación de nuevas ideas científicas. En directa relación con este Colegio Médico Farmacéutico apareció el que podemos considerar también un espacio mitad real, mitad virtual, de dos dimensiones. Me estoy refiriendo a las páginas de la *Revista Balear de Ciencias Médicas* cuya importancia no ha sido todavía bien valorada. La indiscutible calidad de su diseño y de su contenido así como el intercambio que propició no se explican con el mero voluntarismo de media docena de sus redactores. Demuestran, por el contrario, un grado de madurez de una generación médica que difícilmente puede ser discutido.

Pero quiero acabar recordando lo que dije al principio de mi intervención. Lo que pretendo es únicamente discutir con ustedes cuáles pueden ser los caminos que pueden contestar a la pregunta que formulaba. ¿A qué hay que atribuir esa baja mortalidad general e infantil de las Baleares a finales del siglo XIX? Baja, claro está, en relación con otros lugares del territorio español. Quiero pensar que averiguarlo no sólo tiene un interés local. La solución nos podría ayudar a mejorar nuestra comprensión del papel que jugó la medicina en este final de siglo XIX que ahora conmemoramos.